

TRES RAZONES CONTRA ESTA GUERRA

Francisco Fernández Buey

I

Hay varias razones que toda persona sensible, cristiana o musulmana, occidental u oriental, creyente, agnóstica o atea, puede aducir contra esta guerra cuyo origen está en los bárbaros atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y en los no menos bárbaros bombardeos contra Kabul y otras ciudades de Afganistán iniciados el 7 de octubre. La primera razón es que, como consecuencia de los atentados y de los bombardeos, han muerto muchos seres humanos sin culpa alguna y van a morir muchos más. La segunda razón es que la réplica bélica de los Estados Unidos de Norteamérica y sus aliados a los atentados del 11 de septiembre no va a acabar con el terrorismo internacional, que es el motivo que aducen quienes defienden la guerra como “legítima defensa”; al contrario, cuando terminen los bombardeos sobre las ciudades afganas previsiblemente se habrá creado una situación aún más favorable a ese terrorismo que se pretende combatir. La tercera razón es que no va a derivar de ella un mundo más libre y democrático. Cuando la primera guerra del siglo XXI acabe, probablemente va a haber menos libertad y menos democracia, tanto en Oriente como en Occidente.

Argumento ahora estas tres razones. La primera se ha aducido siempre contra todas las guerras; pero cuanto más se progresa en el dominio técnico de las armas más fuerza tiene esta razón porque mayor es el número de civiles no combatientes que mueren como consecuencia de la utilización de armamento muy sofisticado. Esto se sabe desde hace bastante tiempo y es

la razón que llevó al ilustrado Kant a concluir de manera optimista su discurso sobre la paz perpetua, diciendo que llegaría un día en que los hombres preferirían no usar armas tan mortíferas. La historia del siglo XX ha puesto de manifiesto que el optimismo ilustrado estaba equivocado en este punto. Del progreso científico/técnico no se sigue sin más el progreso moral y cívico. Si algo enseña la historia del siglo XX es lo contrario: a mayor capacidad científico/técnica aplicada a las armas, mayor barbarie. Para precisar: más barbarie quiere decir, en este contexto, más muertes y más sufrimientos entre los que menos culpa tienen en el origen de las guerras.

Eso vale tanto para los atentados terroristas, técnicamente muy sofisticados, como para los ataques con bombas casi equivalentes a las armas nucleares por su capacidad de devastación. En el primer caso el número de víctimas puede llegar a ser elevados, como se vio en el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York. En el segundo caso, además de las víctimas directas de las bombas fundamentalistas (basta con leer las inscripciones que éstas llevan para darse cuenta de que el fundamentalismo es el mismo, aunque tenga otro signo) hay que contar los que morirán por efectos indirectos de las mismas. Un ejemplo de esto último es lo ocurrido durante la última década en Irak después de los bombardeos de las fuerzas estadounidenses y británicas: los informes internacionales independientes hablan de 150 mil muertos, niños la mayoría de ellos. Hoy en Afganistán, según reconoce el *New York Times*, están en peligro de muerte alrededor de siete millones de civiles, la mayoría de ellos desplazados y sin posibilidad de alimentarse. Nadie les ha preguntado con quién están, qué piensan del “mal” y del “bien”. Pero no es difícil deducir que sobre esas grandes cuestiones deben pensar algo muy parecido a lo que dicen pensar los que se presentan como “los nuestros”, puesto que cuando se pregunta sobre esas cosas en cualquier parte y en tiempo de paz las respuestas, entre los humanos, son muy parecidas.

Para un europeo occidental esta razón que aduzco, humanitaria, debería ser ya evidente. Los europeos empezamos la Edad Moderna con hermosas declaraciones sobre cómo civilizar a los “bárbaros” indios americanos y provocamos, en nombre de tal civilización, uno de los genocidios más espantosos de la historia de la humanidad. Por vía directa: con la espada, e

indirecta: transmitiendo a aquella pobre gente, virus que no habían conocido nunca antes. Hoy sabemos que de esa responsabilidad moral se salvaron Bartolomé de las Casas (al que “los suyos” pusieron a parir durante siglos) y unas pocas personas más sensibles. Los demás siguen diciendo que aquello fue una “leyenda negra”.

II

Mi segunda razón contra esta guerra es que no va a terminar con lo que “los nuestros” llaman “terrorismo internacional”, entre otros motivos de peso porque “los nuestros” no han definido nunca qué es eso que llaman “terrorismo internacional” o, más precisamente, porque tienden a dar definiciones *ad hoc*. La persona que más cerca ha estado de una definición inclusiva y precisa –Noam Chomsky– es ahora uno de los más vilipendiados por los dirigentes políticos e intelectuales asimilados que buscan definiciones *ad hoc*. Y se comprende, porque en sus documentados estudios Chomsky ha encontrado muchos más casos de terrorismo de Estado aplicados a la política internacional que de coordinación internacional de grupos terroristas. Citaré un ejemplo que me parece relevante. Todas las cadenas de televisión adujeron, como prueba de la participación de Osama Bin Laden y Al Qaeda en los atentados de Nueva York, siete volúmenes de un manual en árabe, en el que, en efecto, se enseñaba cómo preparar atentados terroristas; ninguna de ellas advirtió a los televidentes que los dos primeros volúmenes de ese mismo manual habían sido redactados y editados hace unos años por inspiración de la CIA para formar a los que entonces luchaban en Afganistán por la “libertad” y la “democracia” contra el “terrorismo internacional” de la Unión Soviética.

Justamente, el que sólo haya definición *ad hoc* de lo que es “terrorismo internacional” explica que una parte importante de los países que han entrado en la alianza militar contra los talibanes de Afganistán estén, a su vez, dirigidos por personas que han practicado y practican en sus territorios (o en los que dicen que son sus territorios) el terrorismo de Estado. Basta con echar un vistazo a los informes de Amnistía Internacional de estos últimos años, poner luego al lado la lista de Estados que han ofreci-

do soldados a los Estados Unidos de Norteamérica en esta campaña bélica y comparar. La comparación es ilustrativa; la han realizado diferentes analistas independientes y todos coinciden en la conclusión: una vez terminada esta guerra con la hipotética victoria de “los nuestros”, el malestar de fondo que ha llevado a tanta gente, de países tan diferentes, a comprender la interpretación terrorista del islamismo aumentará en Oriente Próximo, en Asia y en África. Teniendo esto en cuenta se entiende mejor al Departamento de Estado norteamericano cuando afirma, contra la lógica aparente, que esta guerra será larga. Desde el punto de vista estrictamente militar esta afirmación es incomprensible. ¿Cómo puede prolongarse una guerra cuando una de las partes posee 99% de las armas más sofisticadas del planeta y la otra –sea Bin Laden o el régimen talibán o los dos juntas– apenas puede oponer un armamento más bien obsoleto? Este aparente absurdo ha llevado a algunas personas inteligentes –como Walzer– a escribir, poco después del 11 de septiembre, que no podía haber guerra y que, si había enfrentamiento, no sería una guerra propiamente dicha. Pero, para revelar ese aparente absurdo y entender por qué los Estados Unidos al mismo tiempo que intensifican los bombardeos frenan el avance de las fuerzas de la Alianza del Norte hacia Kabul, hay que saber que lo que está en juego en esa zona del planeta no es sólo “la justa venganza”, ni siquiera la captura de Bin Laden o la derrota del régimen talibán, sino intereses geoestratégicos y económicos de Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, Pakistán, China, India, Irán e Irak, que sólo la vaguedad de la expresión “terrorismo internacional” puede mantener momentáneamente unidos. Lo que une a los aliados es precisamente el “gran juego”, el carácter de guerra preventiva de las actuales operaciones militares: bajo el rótulo “terrorismo internacional” cada Estado-nación puede identificar a aquellas etnias, culturas o grupos organizados con los que está en conflicto abierto.

III

¿Hay algún indicio de que esta guerra vaya a dar un impulso a la libertad y a la democracia en el mundo, como están diciendo los ideólogos del fin

de las ideologías y del fin de la historia? Por el momento, ninguno. Lo hay, en cambio, de que en Oriente (Israel y Pakistán son dos ejemplos) aumenta la represión contra los disidentes y en Occidente se aceleran las medidas en favor del Estado de excepción. Con la guerra el llamado neoliberalismo descubre su rostro más oculto: el Estado mínimo se hace máximo en aquellos ámbitos que decía respetar; se suprimen garantías jurídicas elementales; el Ejecutivo somete al Poder Legislativo y al Poder Judicial y el “cuarto poder” lo justifica; la censura reaparece en varios ámbitos de la vida pública. De repente cae el mito del fin del Estado-nación. Basta para comprobarlo con echar un vistazo al despliegue de banderas en los Estados Unidos de Norteamérica. La tesis de la “soberanía limitada”, que durante la Guerra Fría fue denunciada tantas veces por los politólogos como mero cinismo, se convierte ahora en una realidad de la que casi nadie habla. En esas condiciones, y en lo que hace a las relaciones internacionales, pronto se dirá que un imperio es mejor que cualquier otra cosa. Y que un imperio necesita un derecho internacional de gentes apropiado a los intereses del imperio. Al final de la modernidad como en el comienzo histórico de la modernidad. Uno de los varios errores de Osama Bin Laden, sobre el que un Oriente obnubilado por su biografía apenas dice nada, es que ha planteado su guerra santa como una batalla contra las Naciones Unidas, en vez de plantearla como un batalla pro Naciones Unidas es decir, como una batalla en favor de un derecho internacional de gentes igualitario y sin imperios.

Lo característico de las políticas imperiales en el ámbito internacional no ha sido nunca la ampliación de la democracia a aquellos países que entraban en sus planes geoestratégicos, sino más bien la conculcación de la democracia allí donde empezaba a apuntar. Los historiadores han puesto esto de manifiesto estudiando el papel de Atenas en la Grecia antigua y de Inglaterra en la época colonial, y cabe señalar que es válido también para el siglo XXI.

Uno de los síntomas más relevantes de la “norteamericanización” del mundo a la que estamos asistiendo es que haya pasado a denominarse “inteligencia” lo que antes se llamaba “espionaje”. No dice gran cosa en favor de una sociedad el que ésta acepte sin crítica llamar Central de

Inteligencia a uno de los servicios de espionaje con más muertos sobre sus espaldas al mismo tiempo que tiende a denominar “cabezas de huevo” y otras lindezas parecidas a aquella parte de la cultura ilustrada a la que no hace demasiado tiempo se llamaba inteligencia.

El hecho de que lo anteriormente expresado esté cuajando también en España, sin que se hayan oído voces de protesta, es deplorable, más cuando la situación coincide precisamente con el desprestigio de la llamada Central de Inteligencia norteamericana, cuya inoperancia no es ajena a la terrible tragedia de las Torres Gemelas de Nueva York. En una conferencia pronunciada recientemente en el Foro sobre Tecnología y Cultura del MIT, Noam Chomsky ha podido subrayar, basándose en los informes del que fuera asesor del presidente Carter –Zbigniew Brzezinski– que al menos uno de los responsables del atentado de 1993 contra el World Trade Center entró a Estados Unidos gracias a las gestiones de la CIA contra la opinión de los servicios de fronteras. Y es de dominio público que ese tipo de intervención basado en el espionaje, al que sigue llamándose “inteligencia”, está detrás de la financiación y adiestramiento de lo que hasta 1991 eran amigos de “los nuestros” y ahora se llama terrorismo islámico. De esta degradación de la inteligencia a espionaje intervencionista en favor de los intereses del imperio, que sólo distingue en función de la pareja amigo/enemigo, se derivan otras consecuencias perversas para los derechos civiles y las libertades. En Estados Unidos de Norteamérica, el Center for Constitutional Rights y otras 120 asociaciones han denunciado como anticonstitucional el plan del ministro de Justicia, John Ashcroft, que sacrifica las garantías jurídicas de los sospechosos e interfiere su comunicación con los abogados defensores. La administración Bush está introduciendo una reglamentación que permite la detención preventiva, durante un periodo de más de dos meses, sin pruebas ni inculpación, de cualquier no ciudadano norteamericano sospechoso de prestar colaboración al terrorismo.

La restricción por vía político-policial de las libertades individuales tiene otras consecuencias conocidas. La primera de ellas es la tendencia a tildar de antinorteamericana a toda persona que disienta de las actuaciones que la “inteligencia” propone en política internacional. Los calificativos que una parte importante de la prensa norteamericana está

endosando a Noam Chomsky, Susan Sontag, Edward Said, William F. Schulz o John Schoneboom, por citar unos cuantos nombres, son irreproducibles. Y ¿por qué? Por denunciar los efectos negativos de un expansionismo basado en la “quinta libertad” (la actuación sin límites legales del Séptimo de Caballería); por llamar la atención acerca de la manipulación de los medios desde el 11 de septiembre; por subrayar las implicaciones entre la política exterior norteamericana y la irresolución de la cuestión palestina; por denunciar, en nombre de Amnistía Internacional, el peligro existente de limitación de los derechos civiles o, sencillamente, por invitar a los internautas a pararse un momento a distinguir entre tanta propaganda y a reflexionar sobre las causas de los atentados y sobre las consecuencias de los bombardeos sobre Afganistán.

IV

La “norteamericanización” del mundo está favoreciendo la rápida difusión de este clima a los países de la Unión Europea. Si en Estados Unidos de Norteamérica se acusa de traidores o antipatriotas a personas como las mencionadas no es extraño que en las provincias del imperio se esté imponiendo la norma de descalificar como antinorteamericanos a todos aquellos que, por motivos humanitarios o en nombre de un nuevo derecho internacional de gentes, critican los bombardeos sobre instalaciones civiles y sobre hombres, mujeres y niños que son igual de inocentes que las víctimas del bárbaro atentado contra las Torres Gemelas. La perversidad de esta acusación consiste en ocultar que los supuestos antinorteamericanos de España y de Europa basan casi siempre sus análisis y opiniones en los análisis y opiniones de otros norteamericanos cuyos nombres acabo de mencionar. Y no son los únicos. Se oculta que el llamado “antinorteamericanismo” creció en la Europa de los años sesenta no tanto por prejuicio respecto del modo de vida americano o por el malestar ante una civilización cuya quintaesencia estaba en los Estados Unidos de Norteamérica por las revelaciones sobre la Guerra de Vietnam que nos hacían llegar Chomsky y otros disidentes críticos de entonces. Y así ha sido también con motivo de la Guerra del Golfo Pérsico y en ocasión de la

intervención norteamericana en los Balcanes, particularmente a partir de los bombardeos sobre Belgrado. De hecho, la mayoría de los intelectuales europeos críticos de la política intervencionista de las distintas administraciones norteamericanas desde los años sesenta han tenido al menos tantos amigos americanos como quienes les criticaban de antinorteamericanos. La única diferencia importante es que estos amigos eran distintos de los amigos que tenían los que lanzaban la acusación. Y así es hoy también.

Obsérvese que, por general, cuando en nuestros medios de comunicación se calumnia a los “supuestos pacifistas” que exigen el cese de los bombardeos sobre Afganistán con el epíteto de “antinorteamericanos” casi nunca se dan nombres concretos. Esto permite pasar por alto que el primer antinorteamericano actual sería precisamente un norteamericano profesor del MIT nada menos. Y, sobre todo, permite insinuar que los pacifistas de hoy son los viejos rojos antinorteamericanos de siempre, los que en la Guerra Fría estaban con “los otros”. Esta insinuación es doblemente perversa. Primero, porque oculta que precisamente una parte notable de los “rojos” antinorteamericanos de ayer son ahora los más favorables a la propaganda de la “guerra justa” (unos por el poder que tienen en las provincias del imperio y otros porque, mientras tanto, han cambiado de ideas). Y segundo, porque se oculta que la gran mayoría de las personas opuestas a los bombardeos son jóvenes vinculados a organizaciones no gubernamentales humanitarias, al movimiento antiglobalización y a asociaciones que han nacido cuando ya había acabado la Guerra Fría y no tienen nada que ver, por tanto, con las ideologías de aquella época.

La manipulación informativa que está detrás de estos ocultamientos ha ido en aumento desde 1991, lo mismo en los Estados Unidos de Norteamérica que en Europa. Se hizo patente durante la Guerra del Golfo Pérsico; se acentuó durante los meses que duraron los bombardeos de las fuerzas de la OTAN sobre Belgrado y otras ciudades de la antigua Yugoslavia. Y está llegando a su culminación en estos días.

Pondré un par de ejemplos muy representativos de lo anterior y que nos afectan. Uno: Cuando después del 7 de octubre un grupo de intelectuales españoles firmó un manifiesto contra la guerra, *El País*, uno de los

pocos periódicos que suele acoger en sus páginas las opiniones más diversas, ni siquiera hizo mención de aquel documento. Cuando, una semana después, varios de los firmantes del mismo enviaron un artículo “pacifista” para su publicación, el mencionado periódico lo rechazó; pero a los pocos días insertó artículos en los que se criticaba el contenido de lo que no había querido publicar. Y así ha seguido durante semanas: publicando artículos con referencias oblicuas a actitudes pacifistas a las que se ridiculiza sin dar a sus lectores la argumentación de los otros. Dos: El 10 de noviembre hubo dos manifestaciones en el centro de Roma. A la primera, citada por Berlusconi y de signo inequívocamente pro norteamericano, asistieron 40 mil personas. A la segunda, convocada por una amalgama de pacifistas bajo el lema “No en mi nombre”, llegaron algo más de 100 mil personas (según datos de todos los periódicos italianos). Pues bien, al día siguiente *El País* dio el doble de relieve en titulares a la primera manifestación y no dedicó ni una sola línea a la segunda. Teniendo en cuenta lo que representa Berlusconi (incluso para un diario liberal como *El País*) y que el primer ministro italiano había afirmado unas semanas antes la superioridad de la “civilización occidental” sobre la islámica, está todo dicho. Por si acaso lo calificaré: manipulación indigna en nombre de la “libertad” y la “democracia”. La parte de los nuestros que critica y sale a la calle a hacer oír su voz ya no es “de los nuestros”. En otros tiempos, malos también, esto que pasa en los Estados Unidos de Norteamérica y en España se llamaba censura. Y, como en ellos, ahora se contesta a los críticos y a los disidentes en nombre de la libertad (de empresa, claro): ningún periódico está obligado a publicar opiniones que no comparte. Cierzo, no hay ninguna obligación. Pero es feo –para decirlo con un eufemismo de mi pueblo que me ahorra palabras mayores– descalificar aquello que previamente no se ha querido publicar. Feo porque, además de traer a las mentes de los más viejos los tiempos aquellos de las censuras autoritarias, significa que se está tratando a los lectores como a infantes a los que hay que evitar el peligro de la contaminación. Y algo más que feo cuando, al comprobar que las opiniones de los firmantes de lo que no se quiso publicar son expresadas por unos cuantos miles en las calles de las principales ciudades europeas se argumenta –como se está haciendo– en nom-

bre de la defensa de “nuestra civilización”, que no hay que dejarse llevar por el sentimentalismo que produce la visión de unos cuantos niños afganos muertos por las bombas de la libertad y la democracia. O sea, que en nombre de la libertad y de la democracia lo que se nos está pidiendo no es sólo que distingamos con la razón entre buenos y malos, amigos y enemigos, sino además que reprimamos nuestros sentimientos para adaptarlos a la posición ya tomada.

Eso es lo que trae la guerra, y al verlo, no se puede esperar que los motivos que llevan a la desesperación de los otros –a los que hace poco se refería John Berger en un espléndido artículo– decaigan. Previsiblemente aumentarán, y al aumentar se irá creando el caldo de cultivo para que se produzca lo que tanta gente dice querer evitar: el choque entre culturas o civilizaciones. En circunstancias así, poco sirve argumentar que –hablando con propiedad– no hay civilizaciones sino civilización. La reducción de la “inteligencia” al espionaje y a la articulación de las medidas policiales contra “sospechosos” de ser “de los otros”, porque no quieren bombardeos ni guerra, siempre tiene el mismo límite: calcula muy mal los odios que genera. Esta limitación hace crecer el número de los desesperados. Y el terrorismo moderno se ha nutrido siempre de la desesperación.